

CAPÍTULO IV.

*Del sumo y continuo dolor de Jesucristo.*

La tercera compañía, á la que el alma de Jesucristo estuvo continuamente unida, fue el sumo dolor que experimentó desde el mismo instante en que fue infundida en su santísimo cuerpo. Porque, como en el mismo momento, en que aquella alma santísima fue unida al cuerpo humano y á la Divinidad, fue súbitamente colmada de una suma sabiduría, con ella supo, consideró y comprendió universal y singularmente todas y cada una de las penas que habia de sufrir todo el tiempo que estaria unida á su cuerpo mortal, y así comenzó en el mismo instante á experimentar un dolor sumo. Pues, así como en la víspera de su muerte agonizó con tanta tristeza que tuvo un sudor de sangre que corrió hasta la tierra, porque preveía la crueldad de la pasión y muerte que iba á sufrir; así tambien el alma de Cristo, previendo estos futuros tormentos, fue afectada de un sumo dolor, aunque por entonces no sufriese el

cuerpo lo que sufrió en la víspera de su pasión. Preveía aquella santa alma los cuchillos cortantes de las pésimas lenguas, y las injurias y maldiciones que contra él habia de vomitar cada una en particular; sabia y continuamente consideraba por quién seria muerto, cómo, cuándo y cuánto seria afligido; y recordaba que para esto habia venido al mundo. Por esto cuando reflexionaba como seria vendido, entregado, preso, negado, desamparado, alado, abofeteado, escarnecido, herido, acusado, maldecido, blasfemado, azotado, juzgado, reprobado, condenado, y conducido cual si fuera un ladron á sufrir la espantosa muerte de cruz, despojado, desnudado, muerto y traspasado con una lanza, se le despedazaba el corazon, y no le dejaba ni un solo momento sin angustias. Sabia todos los golpes de martillo que sobre él descargarían, los muchos azotes, y la ferocidad de los judíos, el derramamiento de su preciosa sangre, y las lágrimas que habia de verter; tenia siempre presentes y consideraba todos sus suspiros, sus quejas, sus dolorosos lamentos y los de su santísima Madre, y todas estas cosas no podían menos de

nar su entendimiento y su corazon de mortales angustias y de un sumo y continuo dolor. De todo lo que resulta que toda la vida de Jesucristo estuvo unida á un sumo dolor, y á una suma tristeza y afliccion.

Además de esto Nuestro Señor Jesucristo, verdadero LIBRO DE LA VIDA, tuvo que sufrir dolores sin cuento en todo el curso de su vida mortal. Al nacer no fue puesto en un baño, ni colocado sobre un colchon de blandas plumas : no fue envuelto en blandas y delicadas pieles como los hijos de los grandes de este mundo, sino colocado sobre pajas, y reclinado sobre el pesebre de un establo en medio de dos animales. Apenas nacido este tiernísimo Infante, comenzó á sufrir en su cuerpo las incomodidades, pues se vió obligado á huir á Egipto, peregrinando con su dulcísima y tierna Madre y con san José por aquellos vastos desiertos, sin socorro humano. Siendo grandecito siempre iba á pié, subiendo á Jerusalén, segun lo mandado por la ley, á pesar de que Nazaret distaba de Jerusalén mas de dos jornadas.

Cuando llegó á la edad de los treinta años, despues de recibido el bautismo, se retiró al

desierto, donde ayunó por espacio de cuarenta dias y fue acosado del hambre hasta tal punto, que creyó el demonio poder valerse de ella para inducirle á pecado, esperando reducirle al primer golpe. Caminaba á pié predicando en los lugares, en las villas y ciudades, padeciendo hambre, sed, lluvia, calores, vientos y frio ; sudando y fatigándose por todas estas incomodidades, y por último sufriendo el suplicio de la muerte. Á todos estos trabajos se sometió para enseñar á los hombres el camino de la verdad, para destruir los embustes y el imperio del demonio, para mostrar cuán útil es la penitencia, y para hacer ver á los hombres que la felicidad, el bien y la gloria del hombre consisten en sufrir los dolores y la tribulacion, demostrándonos con su ejemplo que debemos aceptar todas estas cosas.

No hay lengua que pueda explicar, ni aun entendimiento que pueda imaginar cuáles fueron sus dolores en el tiempo de la pasion. Fue en Jesucristo inefable y de muchas maneras el dolor, y fue mucho mas intenso y mas agudo todavía por el sumo afecto con que amaba y se compadecia del género humano.